EL CUERPO SOLIDARIO

Una instructora de la Fundación Río Abierto cuenta su experiencia solidaria en la villa más grande de la Capital Federal.

Entrevista a Viviana Britos

Desde hace dos años la Fundación Río Abierto está desarrollando una experiencia solidaria en la villa más grande de la Capital Federal.

el cuerpo solidario

entrevista a Viviana Britos

"La primera vez que fui a una villa tenía 12 años. Iba a la villa 1 con las monjas del colegio y a veces con mis compañeras", relata Viviana Britos, a cargo del área solidaria de la Fundación Río Abierto. La entidad desarrolla actualmente una importante labor en el comedor Sol Naciente, en el barrio Arturo Illia, frente a la villa del bajo flores 1-11-14, la más extensa de la ciudad. Britos, una ex profesora de Historia de 52 años, apunta que la que antes era la villa 1 (se la conocía como "villa Cartón" por el material con el cual estaban hechas las viviendas) triplicó su tamaño en los últimos 40 años.

Y sus necesidades.

"No trabajamos adentro de la villa sino en el barrio Arturo Illia, que está a las puertas del asentamiento. Es un barrio de casitas económicas construido durante la presidencia de Raúl Alfonsín. Trabajamos con Sol Naciente, que es una asociación sin fines de lucro que dirige Lidia Hernández, una mujer de 30 años que empezó su tarea en el barrio hace cinco años. Ella era una vecina que se hizo cargo de la alimentación y del cuidado de siete chicos abandonados por su madre", comenta.Esa ayuda minimalista se expandió de forma que hoy funciona un comedor dentro de la villa en el que almuerzan y toman la merienda 500 personas. Otras 200 cenan todas las noches en un galpón bautizado como "El roperito" porque allí se arregla la ropa que se recolecta.

En ese galpón que alquilan Sol Naciente y Río abierto, funciona un hogar para madres solteras con sus bebés, una guardería y un espacio donde los habitantes del barrio y de la villa intentan trabajar sobre sí mismos para recuperar, fortalecer y preservar el cuerpo y la mente. Llegan con un cuerpo acostumbrado a los golpes, a los empujones, al sexo, muy pocas veces satisfactorio.

"Llegamos en octubre de 2000. Empezamos a mirar, a escuchar qué necesitaban. Comenzamos con una clase de movimiento corporal pero luego nos repartimos en grupos para compartir tareas: hacer pan en la panadería, reparar en el roperito, pelar papas en el comedor…El hacer juntos nos da una visión concreta de la realidad. No es trabajar 'por' o 'para' sino trabajar 'con' los otros. Eso nos iguala, nos hermana, nos aleja de la pretensión de `nosotros venimos a dar` y nos acerca a la idea de 'qué se necesita y cómo podemos hacer juntos', reseña Britos.

La intención no era sólo llevarles ropa y alimentos sino desarrollar una acción conjunta desde la bases del sistema de la Fundación.

"Quisimos acompañar este proceso comunitario que ya se estaba dando pero desde nuestro trabajo: a través del movimiento, de la expresión, del masaje, de la liberación de la voz, de la concientización de sí mismo y de los otros", explica la instructora. Sin embargo, hicieron más que eso. Repararon un horno que permite elaborar 75 kilos de pan cada 25 minutos, y compraron una máquina de última generación para que las madres del hogar fabriquen pañales y puedan auto sustentarse.

Hubo un gran aprendizaje: la violencia no sirve, lo que realmente construye es la solidaridad.

Con una periodicidad de tres veces por semana, instructores de Río Abierto se trasladan al lugar y dan clases a mujeres de origen muy humilde. Se gestan cambios, movimientos, a partir del despliegue de sus cuerpos, lugares desconocidos por excelencia de las marcas culturales.

Cuerpos humildes

Por el momento trabajamos con grupos de entre ocho y doce mujeres, de entre 23 y 60 años, porque a los hombres les da vergüenza, se acercan a mirar pero no participan. Las mujeres que asisten vienen tanto del barrio Illia como de la villa y llegan con un cuerpo acostumbrado a los golpes, a los malos tratos, a los empujones, al sexo muy pocas veces satisfactorio. Sus cuerpos nunca son lugares de placer, de contacto, de autoestima ni de reconocimiento. Por eso trabajamos primero con el poder pararse bien frente a la vida, sobre el centro de los talones, con el respaldo en la espalda, abriendo el pecho, respirando. En ellas existe muy poca conciencia de la respiración. Decimos "suelten el aire" y no pasa nada porque para eso hay que hacer todo un trabajo. De a poco se van dando cuenta de cómo se puede utilizar la respiración para aliviar el dolor, la bronca, las situaciones –a veces muy violentas- de la vida cotidiana.
Me hablas de mujeres, ¿y los hombres?
Al comienzo, ellos querían mirar y para las mujeres era difícil mover la cadera, soltarse. Se sentían muy miradas, enjuiciadas y burladas. Les dijimos "si vienen a participar sí, si no…" Ellos se encargan de bajarnos los equipos de música, tienen un gran reconocimiento hacia nosotros, un profundo respeto y una confianza enorme pero el acervo cultural del machismo opera como un obstáculo a la hora de acercarse para conectarse con el movimiento, con el trabajo sobre sí mismos. Es necesario comprender clases nocturnas; probablemente se acercarían a participar.

Cómo empezó este proyecto

Conocimos Sol Naciente gracias a nuestra compañera Dolores Milberg, quien nos contó que había llevado al comedor una bolsa de soja sobrante en la parroquia donde trabajaba y que allí había conocido a una persona excelente. Se refería a Lidia Hernández. En Río Abierto teníamos alimentos, ropa y dijimos, "Bueno, vamos". Con Lidia tejimos una intensa relación porque es muy sincera, muy solidaria, con una inteligencia práctica asombrosa. Fue María Adela Palcos (directora de la Fundación), le gustó el lugar, dio una clase abierta y le pareció que allí podíamos instalar Río Abierto solidario.

Con los brazos abiertos

¿Cómo se fueron insertando en el lugar?
Nos abrieron las puertas, nos recibieron con los brazos abiertos. Desde el trabajo compartido pudimos acercarnos a las necesidades. Al principio lo urgente era arreglar el horno para poder hacer pan. Habíamos recibido una donación importante de otras sedes de Río Abierto en el mundo, especialmente de Italia, y con eso pudimos contribuir a repararlo. Con ese dinero también compramos una máquina para hacer pañales. Otra cosa que nos pidieron fue si podíamos alquilar una fábrica de calzado abandonada.
Hablamos con nuestros alumnos (nos movemos gracias a la colaboración de ellos), alquilamos ese enorme lugar y construimos nuestro "rincón solidario". Para que aquellos que colaboran conozcan cómo marcha el proyecto, publicamos un boletín mensual, que también es autorreferencial y circula en el barrio.
De a poco, y con la colaboración de muchos, estamos acondicionando el lugar. En la parte de atrás funciona el hogar, en el medio la guardería y adelante estamos nosotros. En los horarios en que no damos clases, se desarrollan otras de aeróbic, aerobox. Colaboramos para comprar las camas de hogar; un alumno donó frazadas, otro el linóleo para el piso. De todos modos, creo que la construcción más importante es la de la confianza. Siempre nos está esperando. Las primeras veces preguntaban insistentemente: "¿Cuándo vuelven?". Tienen mucho temor al abandono, al engaño. Hay un alto nivel de demanda porque siempre hay necesidades urgentes que resolver. Es un trabajo muy movilizante para nosotros. El grupo que va tres veces por semana está integrado por María Inés Otero, Calos Carraro, Graciela Guido, Alejandra Nole y Dolores Milberg. Desde el comienzo nos propusimos como objetivo estar muy atentos a no erigirnos como una sociedad de beneficencia; no queremos ir a llevar cosas y nada más. Para mí es muy gratificante que nos digan: "Ustedes son iguales, hablamos de igual a igual". Ellos saben que en este Río Solidario todos estamos poniendo el cuerpo y eso hermana, empareja, acerca.

Los participantes de los talleres solidarios

Hay talleres para adultos y para chicos, estos últimos coordinados por Carlos Carraro. Si pienso en las clases de adultos, con quienes trabajo, me interesa destacar una diferencia en relación con las que coordinamos en la Fundación. Los pobres son personas "más puestas", no existe tanto esa mediación del prejuicio, del miedo al qué dirán. En cambio, la clase media en general tiene más prejuicios de hablar de sus propias cosas, de mostrarse. En la villa la vergüenza pasa más por soltar la voz, por el poder expresar la bronca. Entre los participantes se tejen lazos de solidaridad inmediata, se aconsejan sobre cómo resolver problemas. Por ejemplo, una chica de 25 años contaba que era la primera vez que estaba en un hogar en el que trabajaban dignamente y sentía el peso de la responsabilidad, motivo por el cual no podía descansar bien. Otra que vive en el barrio le ofreció que, cuando se sintiera mal, fuera a su casa. "Mi casa está abierta, queda a una cuadra de acá, cuando no te sientas bien, vení y tomamos unos mates. Mis hijos y marido te van a recibir bien. Incluso, si querés, podés quedarte a dormir también". Es interesante verles las caras cuando empieza la experiencia corporal y cuando finaliza, hay toda una transformación. Nos preguntan si no podemos ir más veces a la semana "porque esto nos hace muy bien", afirman. Recuerdo que vino una mujer y me contó que había enseñado a respirar al marido, un día que había vuelto muy enojado a su casa. Una de las actividades que más les gusta es el masaje, que se hace en el suelo entre ellas. Se les enseña a aflojarse, a soltar el miedo, la tensión, a entregarse, a confiar. Son cuerpos muy vencidos por la historia, por la vida. El empezar a sentirse mejor suscita en ellas una gratitud que se traduce en actos concretos en los encuentros. En cada clase siempre suma una vecina, es una cadena que se va generando, que va creciendo. Con ellos aprendemos lo que es la solidaridad. Es gente que no tiene plata pero que, a modo de agradecimiento, por ahí te trae un chupetín.

El espacio: todo un tema

Les cuesta ocuparlo. Están acostumbradas a poco lugar. Es notable que al desplazarse siempre están juntas. El cuerpo muestra como se les fue reduciendo el espacio debido a su realidad de ambientes muy pequeños, donde duermen cinco o más y están todos apretados.
Cuando tienen un poco más de espacio, no saben qué hacer con él. Es que la cultura está grabada en el cuerpo, uno puede leer la cultura de un lugar a través de cómo se manifiesta el cuerpo que habita allí.
Trabajamos mucho ese tema: mi espacio, ocuparlo, el espacio de los otros, adueñarme del mío, ver hasta donde llega. Les preguntamos cual era su espacio y una chica de 30 años dijo "Mi espacio es acá".

Vuelta reparadora

¿Qué te pasó al volver a la misma villa 40 años después? Cuando regresé era una villa mil veces más grande (hoy viven 50 mil personas), con más carencias, más violencia y mucha inseguridad. Por eso tuve que entrar acompañada por la misma gente del lugar, que muchas veces no se anima a pasar por algunas partes. El comedor no responde a ningún puntero del barrio. Estamos trabajando para construir el poder de la gente.
La vuelta fue muy fuerte para mí, fue ver en vivo y en directo el proceso por el que atravesó el país. Por otra parte tuve la misma sensación que hace tantos años atrás de que si uno se siente un igual, todo se puede hablar. A los 12 años iba con las monjas y mis compañeras de secundario del colegio franciscano Santísimo Sacramento, de Villa Luro.
Más que enseñar el catecismo, íbamos a compartir con la gente, a conversar y -mate de por medio- nos enterábamos de lo que les pasaba. A veces la monja no iba, entonces lo hacíamos solas. Era una época en la que se podía caminar por la villa sin problemas.
Pertenezco a una generación de 30 mil desaparecidos, en algún sentido soy una sobreviviente, con los mismos ideales de igualdad, justicia, liberación y básicamente solidaridad.
La dictadura trabajo sobre los cuerpos, en forma cruel y callada. Éramos una generación que ponía el cuerpo sin conciencia, con mucha omnipotencia. Haber vuelto a la villa es reparador, es como cerrar un círculo, dignamente. Hubo un gran aprendizaje; saber que la violencia no sirve, que la liberación se va haciendo de abajo hacia arriba y entre todos, que lo que realmente construye es la solidaridad.

Los objetivos principales

Primero lo que llamamos territorialidad: llegar, sentar presencia, generar confianza. En segundo lugar, plasmar esa presencia, esa confianza en el esquema corporal: situarse en la vida de otra manera, a través de la respiración, los estiramientos, la postura corporal, avanzar con la expresión. En un tercer nivel, trabajar todo lo que sea comunicación, reflexión para pasar luego a la acción. Se trata, fundamentalmente, de ir acompañando el proceso, de generar proyectos para poder recuperar la dignidad, la voluntad de hacer y de trabajar.

Otros emprendimientos

La idea de fortalecer lo que estamos haciendo y seguir avanzando con masajes para bebés, clases para embarazadas, la fabricación de pañales. Por otra parte, pensamos extender nuestro trabajo a otros lugares con necesidades. Decidimos trabajar en la villa 1-11-14 porque el comedor no tiene padrinazgo partidario ni responde a ningún puntero del barrio. Esto les da una gran libertad. Ellos tienen un cartel que dice: “Lejos del poder, cerca de la gente” y estamos trabajando por eso, para construir el poder en la gente.
Yo no se si hubiera sobrevivido de haber pasado la mitad de lo que ellos sufren. Hay una potencia, una fuerza, un asirse a la vida con uñas y dientes a pesar de sus historias. Tan densas.

Ríos que recorren el mundo

Río Abierto fue creado en Buenos Aires en 1966, como un espacio para el desarrollo de las potencialidades del ser en pos de una vida más plena. Basado en el principio de libertad, el sistema de trabajo que se aplica en sus 10 sedes locales e internacionales consiste en técnicas psicocorporales de búsqueda interior para que las personas logren reconectarse con su esencia, transformar el pensamiento en conciencia, ésta en acción y así poder recuperar el sentido de sus vidas. Las sedes internacionales funcionan en México, Brasil, Uruguay, España, Italia, Alemania, Suiza, Israel y Estados Unidos.

Para colaborar con esta actividad

Río Abierto Solidario: una actividad continua de acompañamiento consiente a quienes más lo solicitan. Si querés colaborar con nosotros podés traer ropa, alimentos, muebles útiles escolares, elementos de botiquín, o anotarte con una contribución mensual en fundación Río Abierto, Paraguay 4171, Ciudad de Buenos Aires. TEL/FAX: 4833-0313/6889